



La Montaña de Estanislao

Ariel González Rodríguez¹

Universidad Autónoma de Colombia
Ariel.gonzalez@fuac.edu.co

Resumen: Este ensayo es un acercamiento al trabajo de lectura literaria realizado por Estanislao Zuleta (1935-1990), quien fuera uno de los intelectuales más influyentes en el pensamiento colombiano contemporáneo. Con apoyo en el marxismo y el psicoanálisis, realizó un ejercicio interpretativo riguroso de *La montaña mágica*, de Thomas Mann. Su propósito fundamental se explica desde una pedagogía libertaria (redentora, terapéutica, son otros atributos posibles); veía en la literatura, y en particular en la obra del novelista alemán, una oportunidad para que el lector cuestione las falsas oposiciones que se le plantean desde las ideologías, revelando “las diferencias efectivas”. Por otra parte, consideraba que esto es posible gracias a que la literatura activa los procesos primarios del inconsciente a partir de los cuales el sujeto subvierte las leyes que lo limitan.

Palabras clave: Estanislao Zuleta – Lectura literaria – Thomas Mann – *La montaña mágica*

Abstract: This essay approaches the literary readings of Estanislao Zuleta (1935-1990), who was one of the most influential intellectuals in contemporary Colombian thought. On the basis of Marxism and psychoanalysis the author attempted a rigorous interpretation of *The Magic Mountain*, by Thomas Mann. His main purpose can be explained from the standpoint of a libertarian pedagogy (redeeming, therapeutic, are other possible attributes): he saw in literature, and particularly in the work of the German novelist, an opportunity for the reader to question the false oppositions that are presented to him by ideology, revealing “the effective differences”. On the other hand, the author considers this possible because literature, according to him, has the ability to activate the primary processes of the unconscious, from which the subject may subvert the laws that bind him.

Keywords: Estanislao Zuleta – Literary reading – Thomas Mann – *The Magic Mountain*

¹ **Ariel González Rodríguez** (La Habana, 1972). Licenciado en Letras por la Universidad de la Habana. Magíster en Literatura Hispanoamericana por el Instituto Caro y Cuervo, Colombia. Autor de los libros *Por mi cuenta y riesgo* (La Habana, 2000) y *Cuatro novelistas colombianos. Estéticas y tensiones* (Bogotá, 2015). Actualmente es docente investigador del programa de Estudios Literarios de la Universidad Autónoma de Colombia.

*You should have seen me reading Marx.
My psychoanalyst thinks I'm perfectly right.
Allen Ginsberg*

Terapéutica

En 1975, por el centenario del nacimiento de Thomas Mann, Estanislao Zuleta dictó un ciclo de conferencias sobre el escritor alemán en el Centro Psicoanalítico Sigmund Freud, de Cali. Sus exposiciones fueron transcritas en el libro *Thomas Mann, la montaña mágica y la llanura prosaica*, el cual llegó a ser reconocido como uno de los ensayos más significativos de Colombia en el siglo XX². La ubicación en el género ensayístico no sorprende; las conferencias, un total de veinticinco, no conducen a equívocos al respecto, aunque sí impacta el hecho de su origen en la oralidad. Son precisamente las digresiones, las alternancias temáticas, las repeticiones y anticipaciones conclusivas lo que acerca el discurso a la potencia liberadora del arte, además de los significados en juego que proyectan una estética del pensamiento, a tono con las aventuras modernas del yo.

De Estanislao Zuleta se ha contado que abandonó cuarto de bachillerato para dedicarse a los estudios, no obtuvo títulos académicos, y mereció un honoris causa³ cuyo principal reconocimiento fue la posibilidad de ejercer sus cátedras en un medio académico más atento a los diplomas que a los saberes transformadores. Él mismo definió el ambiente intelectual donde actuó como “lleno de prejuicios dogmáticos y ortodoxias estériles”. Amén de sus incursiones académicas, Zuleta desconfiaba del sistema educativo y las pedagogías al uso, por eso debe entenderse su vocación de maestro como una subversión, signada por la voluntad de promover el pensamiento autónomo; misión que en la sociedad colombiana, tan asiduamente identificada como conservadora, se teñía de connotaciones heroicas.

Dos orientaciones sostuvieron la actividad hermenéutica de Estanislao Zuleta: el marxismo y el psicoanálisis. La sola reunión de esos dos modelos

² Encuesta realizada por la revista *Semana*, no. 882, marzo 29 a abril 5, 1999.

³ Se lo entregó la Universidad del Valle en 1980.

constituía, para los dogmatismos de la época, un exabrupto. Pero Zuleta sostenía que el pensamiento exigente era una rareza en sociedades aletargadas por ideologías tan agresivas que lograban anular la sensatez científica. Por eso se tomó el trabajo de estudiar los puntos de encuentro entre Marx y Freud. En esa complementariedad encuentra apoyo para elaborar un detallado ejercicio interpretativo de *La montaña mágica*, en el que los sentidos posibles de la obra no sólo se dejan explicar en tanto que posiciones críticas (todo lo que la literatura estaría llamada a hacer) sino también como desplazamientos en los que el yo establece una relación más libre con las exigencias del ello. La dificultad de semejante ejercicio proporciona el sentido último del trabajo crítico, que no quiere ser simplemente una afirmación científica respaldada por métodos; quiere ser, además, el argumento ineludible de un aprendizaje ético.

Esto se percibe desde el tono mismo de las conferencias. La dramática expositiva, y varias alusiones al acto de leer, hablan del magisterio que se ejerce desde la experiencia como una terapia. La actividad crítica rebasa el interés mínimo de acumular conocimiento (como quien amasa un capital), para enseñar la lectura literaria como acto de liberación psíquica, moral y política. Se requería influenciar al otro a través del ejemplo de Thomas Mann y el del propio Zuleta, podemos decir hoy, pues sabemos que él narra, a través de la lectura compartida, su propia novela de formación intelectual. En esa tarea tendrá un papel determinante el trabajo transformador, referenciado desde el escritor alemán como:

un esfuerzo por instalarse en el tiempo. Un esfuerzo por curarse de una falla primitiva, y de una falta de seguridad en los fundamentos de su existencia; una terapia sobre sí mismo, que es la clave de su obra y que, si se lee con cuidado, resultará ser una terapia para todos nosotros, porque promueve una relación más libre, más irónica y más profunda con nuestro propio inconsciente (Zuleta *Thomas Mann* 25).

Esa es la clave que Estanislao Zuleta asume, luego de establecer las confluencias subversivas entre Marx y Freud: una crítica literaria como terapia para sí mismo y para un público que muestra voluntad para escuchar y, es de suponer, dejarse transformar.

El lector enfermo

La expresión es de Ricardo Piglia, quien en uno de sus ensayos rastrea las figuraciones del lector en la literatura, para destacar ciertos modelos que a su juicio enriquecen el proceso de escritura literaria y la crítica. En particular, no desarrolla la figura del lector enfermo, solo la menciona a propósito de Scharlach, el criminal, personaje borgiano de “La muerte y la brújula”, que lee con la única intención de usar el libro contra otro (el detective Lönnrot). Le preocupa más, de hecho, la figura del “lector como criminal, que usa los textos en su beneficio y hace de ellos un uso desviado”, todo un “hermeneuta salvaje” (Piglia 31). Luego de esa observación propone “pensar la crítica literaria como un ejercicio de ese tipo de lectura criminal” (32). Como los ensayos literarios rara vez explican todo, Piglia nos deja con la provocación, la vieja sospecha de que el crítico lee contra otro lector, sea el escritor mismo o un tercer intérprete. Ahora bien, esta imagen demoníaca ha sido seductora en la medida en que al crítico se lo piensa como el advenedizo que pretende decirnos cómo leer y qué entender en los libros; el pontificador que resguarda los sentidos útiles y fieles a la doctrina (política o teórica). Pero no hay que ser garantes de esa “tradicción”. Hay otra imagen posible del crítico literario que, aunque a veces busca ser a su manera paternal, no usa los libros contra el otro sino a su favor, no es ya el hermeneuta salvaje sino maestro de la lectura, y que según se lo mire, podría aludir a otra forma de la enfermedad lectora. La imagen del lector enfermo parece sugestiva para pensar a quien desde una convicción profunda y argumentada *desea* transformar a los otros haciéndoles entender que son individualidades plenas, cuando el mundo parece organizado para la repetición. Es el lector idealista, el loco contra los molinos, el soñador a quien poco importa si es el único, el enfermo de la lectura obsesiva que busca obsesionar a los demás.

Estanislao Zuleta estaba bien informado sobre el asunto de la obsesión lectora. En su ensayo “Sobre la lectura” menciona de pasada que esta podría llegar a ser una adicción patológica. No importa si semejante adicción debe leerse en clave neurótica, pues lo que vale es el efecto, o el síntoma, que lleva al sujeto a vivir la vida como se la ha leído en la literatura. Es una situación distinta al bovarismo,

pues se trata más bien de problematizar la experiencia a partir de las preguntas que hacen las grandes obras literarias. Es decir, la obsesión lectora viene a ser un pretexto para proyectar un método de lectura crítica, entendida como trabajo. En su ensayo sobre la lectura Zuleta interpreta la categoría de *recepción* como actitud pasiva frente a los textos, o peor, como consumo. La lectura no puede ser consumo, pues esa actividad vacía los significados del texto o los sobrepasa sin operar una transformación en el lector. Lectura es interpretación, que es, inapelablemente, trabajar. Esta categoría la proyecta desde el marxismo y su lógica de la (des)alienación: la verdadera lectura, la transformadora, es aquella que constituye un medio para la construcción del sujeto y no un fin en sí misma. Hasta aquí nada sorprendente. Lo que inquieta, por cohonestar con la neurosis hermenéutica, es el tipo de trabajo que propone, uno que debe someter “todos los elementos a una elaboración y a una crítica”, porque esos elementos se muestran dispersos por efecto de alguna fuerza: “represión, ideología dominante, racionalización, etc.” (Zuleta *Elogio de la dificultad* 83). Entonces, se requiere leer desde un problema que permita ver “una articulación necesaria allí donde sólo vemos algunos elementos dispersos, que solo podemos entender parcialmente; que se nos escapan pero que insisten como una herida abierta” (83). El lector enfermo puede ser ese que funda su obsesión interpretativa en los detalles, con la sana obsesión de cerrar una herida del significado.

En sus conferencias sobre Thomas Mann, Zuleta se muestra puntilloso al recuperar los detalles significativos y elabora una metodología al respecto. Si ya había hablado de sometimiento del texto, ahora sabemos que esto depende de la vigilancia, de creer sin dudar que una gran obra no deja cabos sueltos, ya que el escritor se ha tomado *el trabajo* de dotarla de una unidad indisoluble, y el lector crítico no puede obviar eso. No hay huecos en la escritura, y una pequeña acción, la descripción de un objeto, una palabra asociada al discurso de algún personaje, el grito inútil de un pájaro, pueden contener las claves interpretativas que escapan del lector si éste no articula esos detalles con las temáticas de la obra. Al menos en unas cuatro conferencias aparece esta conminación al público-lector, como si estuviesen en la primera clase de una academia de detectives.

Esta propuesta de lectura inscribe en el ejercicio crítico de Zuleta un tema mimético. El pensamiento sobre la lectura se agazapa entre las evocaciones del tiempo demorado del Berghof, de la montaña donde se consumen años sin que la conciencia de los personajes de Thomas Mann los registre, pues allí la enfermedad y la muerte, como alternativas al mundo del deber y las normas representadas en la llanura, abren el “camino de la vergüenza”: la entrega absoluta al deseo liberador, no siempre feliz, como el propio Estanislao Zuleta advierte, aunque sí conducente a la expansión del yo. Entonces surge la pregunta, sospechosamente retórica, de si el trabajo de lectura que Zuleta promueve es equiparable al deber, o mejor responde a un acto de desvergüenza personal.

La respuesta puede buscarse en una de esas oposiciones que él encuentra solapada en *La montaña mágica*: por un lado, la lectura útil que ubica al sujeto en el programa civilizatorio capitalista; por otro, la devoradora del tiempo, enfermiza y vacía, pero que mediada por los resortes del amor y el deseo puede surtir el efecto contrario de inscribir al yo en el tiempo, así sea imaginario. Digo solapada, porque Zuleta la refiere adjunta a otra oposición para él más atractiva, aquella entre ciencia y arte, que lo induce a mostrar las diferencias entre las posiciones del doctor Behrens y Hans Castorp, para destacar el punto en que *La montaña mágica* desarma la insostenible idea de que la ciencia no comulga con sentimientos humanos. La lectura utilitaria es la que Hans Castorp pretendía hacer con el *Ocean steamships*, un libro recordatorio del destino trazado en la llanura como ingeniero naval. Lo acompañan otros del mismo tenor que eran remembranzas del abandonado proyecto de pertenecer al mundo del progreso. Pero todos quedan en el olvido mientras Hans va definiendo su vocación contemplativa y se entrega al fuera del tiempo del Berghof. De esa fuga tenemos un sutil anuncio, desde el primer momento en que se menciona el *Ocean steamships*, cuando Hans se dirige en tren hacia el sanatorio en la montaña y el narrador nos dice que el libro “yacía abandonado y el resuello anhelante de la locomotora salpicaba su cubierta de motitas de grasa” (Mann *La montaña mágica* 742). Después, Hans vuelve al libro sin entusiasmo, asimilado al tipo de lectura que otros enfermos realizaban para “devorar el tiempo”. Esta es una lectura poco

edificante, pues el *Ocean steamships* “ya no le decía nada”, había dejado de ser el vínculo con la llanura prosaica. En su lugar, Hans Castorp se entrega a ciertos libros de ciencia que lee en clave imaginaria. Las diversas caras del lector enfermo asoman por las derivas del concurrente azar literario: el borgiano Scharlach, al que Piglia llama “hermeneuta salvaje”, con una bala policial en el vientre planea su venganza criminal contra Lönnrot, el razonador: “Nueve días y nueve noches agonice en esta desolada quinta simétrica; me arrasaba la fiebre, el odioso Jano bifronte que mira los ocasos y las auroras daba horror a mis sueños y a mi vigilia” (Borges *Ficciones* 122); mientras que el tuberculoso Hans, luego de mirar en alza su curva de temperatura, piensa que esa

combustión intensificada de su cuerpo se hallaba precisamente relacionada con aquella agitación y movilidad espiritual que, por una parte, hacía que se quedase hasta tan tarde en la resplandeciente noche helada, tendido sobre la *chaise-longue*. La lectura que le cautivaba le sugería tales explicaciones (Mann *La montaña mágica* 1097).

La misma lectura febril, criminal o estética, condensa y desplaza el resorte íntimo que somatiza, y de paso fundamenta una hermenéutica libidinal e ignorante de las instrucciones lectoras del super-yo, ese preceptor infeliz. A dicho resorte íntimo Estanislao Zuleta lo llama el *problema*.

Leer desde un problema garantiza la articulación significativa del texto, al cual él entiende sometido a castradoras fuerzas, todas ellas versiones de la ley del padre, que dispersan, yuxtaponen o desconectan sus elementos. La lectura sucede así en “un campo de batalla”, donde se sobrevive por el encuentro del sentido transformador, o se muere en la anulación por el interés ajeno y represor de la singularidad. La liberación, siempre deseable, es posible por medio de desatar el problema que interpreta los textos con la sospecha de una unidad de sentido y la esperanza de una revelación. El ejemplo que ofrece no puede ser mejor, imagina alguien intentando escapar de un problema con la lectura azarosa de un libro, y que descubre, allí donde se suponía no debía estar, el problema articulando el texto, “trabajando obscuramente como un topo” (Zuleta *Elogio de la dificultad* 82).

De esa forma imaginamos a Zuleta leyendo *La montaña mágica*, trabajando desde sus problemas más tenaces, entre los cuales estuvo romper la imagen de autoridad que el público le confiere, mientras él le dice: tu lectura es tu problema.

El topo lógico

La frase tantas veces recordada de José Lezama Lima: *solo lo difícil es estimulante*, recoge el secreto del pensar exigente entregado al principio del placer. Estanislao Zuleta la hubiera suscrito de buena gana, y de hecho lo hizo pregonando el *Elogio de la dificultad*. Uno de esos problemas lectores de Zuleta era el empeño de regodearse en los significados resistentes del texto de apariencia simple. Por eso la obsesión por el detalle, porque la minuciosa articulación de este a la totalidad podía llevarlo en contravía de lo que una lectura descuidada ofreció al inicio. Para exponer lo complejo entreverado investiga las desviaciones hermenéuticas, casos en los que la conciencia se empecina en creer algo cuando la forma es toda negación. La posición irónica frente al mundo se encarga del trabajo de lectura, y da soporte a la terapia que rehabilita de cualquier desvarío ideológico. En síntesis, la dificultad hermenéutica de Zuleta se presenta con un esquema simple: atender lo que de aceptable y refutable tiene el objeto del pensamiento. Lo tomó de Thomas Mann para convertirlo en modelo de comprensión del mundo:

Lo más peculiar de la prosa de Thomas Mann, lo que probablemente determina de una manera más fundamental los rasgos de su estilo, es la extraña combinación al mismo tiempo y sobre un mismo objeto de entusiasmo e ironía, de simpatía y distancia crítica. Esta diferencia postula un tercer punto entre el sí y el no, que no es otra cosa que la continuidad en el tiempo (Zuleta *Thomas Mann* 17).

En consonancia, el topo lógico de Zuleta trabaja recomponiendo los espacios de la duda, de la otra posibilidad de significado y, fundamentalmente, de escrutar a fondo las oposiciones aparatosas para iluminar las “diferencias efectivas”. Este último tema lo desarrolló con la paciencia de quien urde una estrategia de lectura.

A pesar de que él acoge la premisa de Thomas Mann de que todo acercamiento a un autor debe realizarse desde una “combinación de entusiasmo

y crítica, admiración y reserva, inspiración y sospecha, como términos necesarios y no como posiciones excluyentes y polarizadas” (Zuleta *Thomas Mann* 20), su propia aproximación perdona condescendiente los posibles desaciertos del escritor. No vamos a encontrar en sus conferencias reservas inquietantes frente a aspectos ideológicos o axiológicos. Hace fuertes observaciones críticas tanto a Marx como a Freud, pero a Thomas Mann lo asume como a un padre amado al que se le dejan pasar equívocos, incluso lo defiende con tenacidad de interpretaciones erróneas de otros críticos literarios. A una parte de ellos los vio como una banda de clasificadores extraviados intentando encajar *La montaña mágica*, sin un análisis riguroso, en alguna de las categorías históricas al uso: “¿realista? ¿simbolista? ¿romántica? ¿clasicista? [...] En realidad, casi nunca la gran literatura tiene un lugar en tales clasificaciones” (31). Los críticos ideológicos, como ciertos marxistas al estilo de Lukács,⁴ o críticos liberales, se equivocaron de forma “aberrante” al creer que el personaje de Settembrini, intelectual adscrito a las ilusiones del liberalismo, porta en la novela la vocería del autor. Hay críticos más desencajados debido a la sobreinterpretación, como los que “han querido ver en sus obras [las de Thomas Mann] una teoría bastante burda, según la cual el talento creador es un efecto directo de la enfermedad” (237). Tal vez Zuleta consideraba que la trascendencia de Thomas Mann excedía cualquier pequeñez criticable, pues por lo general le prodigó elogios suficientes para zanjar dudas sobre el merecido Nobel. Podemos sospechar también que hubo un proceso de identificación con el novelista que trascendía los criterios valorativos. No es ocioso notar, con algo de suspicacia, ciertos paralelismos entre la vida de Mann y la del pensador colombiano, que dejarían suponer un desplazamiento simbólico hacia la vida de otro, como si se hallara en ella justificación para acciones y pensamientos de la vida propia. Nadie podría no observar con qué vehemencia Zuleta recuerda que también Thomas Mann aborrecía el colegio y los maestros, por sus prácticas autoritarias, lo cual expresó en *Los Buddenbrook* y el libro de memorias *Relato de mi vida*. La “oposición literaria” con la que Thomas Mann resiste a la disciplina

⁴ Se refiere principalmente al Georg Lukács que, luego de una primera etapa intelectual más afín al idealismo hegeliano, apoyó cerca de treinta años, penosamente, las “posiciones eminentemente dirigistas y normativas de Stalin sobre el arte” (Zuleta *Thomas Mann* 137)

prusiana de la educación es, al fin y al cabo, la misma que la de Zuleta frente a la educación colombiana y los medios académicos donde se insertó por necesidad y con profunda reserva. Hay que entender a Zuleta como un pensador cuyo sentido lógico, desarrollado a partir del obsesivo trabajo analítico que el colegio jamás le enseñó, jala de la misma coyunda de la fantasía soñadora. Y así como el novelista, en una suerte de transferencia ficcional, hace “sufrir a sus personajes el destino del que escapaba escribiendo sus obras” (Zuleta *Thomas Mann* 14), el pensador se entrega al desplazamiento simbólico en el que ciertos personajes y las “diferencias efectivas” le ayudan a iluminar preguntas de fondo sobre la contemporaneidad.

Que el sentido lógico y la fantasía soñadora hagan parte de una misma experiencia del pensamiento no constituye una contradicción. Thomas Mann no busca aunar las dos posibilidades en una identidad indemostrable, más bien se esfuerza por despojar cada uno de los términos del valor absoluto que lo propone como única opción. Y lo hace sometiéndolos a una crítica contumaz para afirmar que la “diferencia efectiva” se apoya en otros argumentos no percibidos por los posicionamientos radicales. Es a este último aspecto a lo que atiende Zuleta con especial dedicación, pues está convencido de que todo radicalismo es insostenible. Lo inteligente, lo realista y consecuente con la dificultad es la moderación. Esto dice de Thomas Mann:

La gran enseñanza de su vida y de su obra es que no hay nada más profundo que la moderación. No porque no lo asedie la pasión, negativa o positiva, destructora o libidinosa, sino precisamente porque lo amenaza demasiado. También sabe que la aprobación de la vida, pura, simple, sin sombras, sin crítica ni rechazos, y la negación de la vida, la misantropía, el repliegue y la desconfianza sobre todo lo que existe constituyen una falsa contradicción (16).

A la revisión crítica de un grupo sensible de falsas contradicciones se lanza Zuleta, proyectándose desde la voz literaria de Thomas Mann. Algunas de ellas lo confrontan desde la realidad misma que se vive, con sus exabruptos políticos y el embrutecimiento de una sociedad maniatada por ideologías perversas. Construye así posiciones de moderación, de diálogo, de diferencia en la unidad, una perspectiva sobre la democracia que ha sido rechazada tanto por las ideologías de la derecha como de la izquierda. La mayoría de sus exposiciones están atravesadas

de ese espíritu de salvaguarda de una inteligencia sensible a las diferencias efectivas, no para soñar la utopía de un mundo sin dolor, sino la sensatez de dignificar en lo posible nuestra inevitable pulsión de muerte.

Lo que la literatura ofrece a ese pensamiento es la relativización implacable de todo significado que se proponga absoluto. Por eso Zuleta se mofa de los críticos que perdieron el tiempo buscando a Thomas Mann en los personajes de *La montaña mágica*. La distancia crítica del autor y sobre todo la ironía perpetua hacen fracasar cualquier intento de ese tipo. Zuleta ve con claridad que esta obra no es filosófica y sí una muestra de alto valor literario por el hecho de que el autor no interviene en las polémicas. Algún que otro atisbo de identidad con ciertos ideales se alcanza a vislumbrar; sin embargo, estos se expresan en el lenguaje más desestabilizador: la ensoñación y la fantasía. Es a través de un sueño idílico que Hans Castorp “liquida teóricamente” (296) los intentos de Settembrini y Naphta de ejercer sobre él un tutelaje ideológico. Aquí confluyen varios componentes de la terapia crítica, y otro modo de hallar en la literatura los fantasmas de la vida personal. Resalta sobremanera el problema de la soledad del pensamiento como punto de referencia de la lectura.

Es un momento crucial en *La montaña mágica* la definitiva negación de Hans Castorp a tomar partido por alguna de las dos visiones de mundo que se le ofrecían, de parte de los personajes Settembrini y Naphta. El primero, defensor de la ideología burguesa del racionalismo, el progreso, y al mismo tiempo de un individualismo radical con tendencia al aislamiento; y el segundo, un jesuita inspirado en los mitos teológicos que ven en la sociedad la realización del espíritu trascendental y en el individuo autónomo un peligro para el interés comunitario. Esa distancia crítica de Hans Castorp lo hunde aún más en la soledad que ya era parte de su ser desarraigado y que se afirmaba en la imposibilidad del amor hacia Claudia Chauchat. Pero en particular la soledad del pensamiento también está atravesada por el dualismo axiológico que imprime la circunstancia. Lleva en sí la angustia de la abyección, cuando es provocada por las fuerzas de la estupidez ajena, y el alivio por el encuentro de un yo capaz de escoger sus propios fundamentos. Así, Hans Castorp huye en solitario hacia la montaña helada y sumida en la magia de las formas informes, incluso con peligro de encontrar su

muerte, pero un sueño restaurador lo devuelve “teóricamente” a la posibilidad de una vida sensata: “un sueño en el cual la humanidad sin dejar de llevar en sí lo trágico, lo mortal, el instinto de muerte y la agresividad puede llegar a ser igualitaria, respetuosa y a rendir culto a las formas esenciales de la vida” (296).

A su manera, Zuleta también vivió la soledad del pensamiento como amenaza y como promesa, para decirlo con palabras de su gusto: construyó en soledad las articulaciones entre marxismo y psicoanálisis, sobre la base de negar el olvido de la persona por parte de Marx y reclamar las bases sociológicas del psicoanálisis freudiano, cuando el mundo intelectual de la época veía en esa relación una contradicción aparatosa; en lo político defendió la moderación y la posibilidad de una convivencia en la diferencia, en un país desangrado por radicalismos criminales y entregado a la guerra.

El topo lírico

“Sea en la práctica o en la teoría, no hay ningún tema menos aburridor en la existencia humana que el amor” (150). Esta frase la expresa Zuleta en la introducción de una de sus conferencias. Si le achacamos a la oralidad su extraña manera de afirmar, perderíamos la oportunidad de destacar cuán hábil podía ser Zuleta con el lenguaje, a fin de dotarlo de ambivalencia, en buena medida innecesaria y por tanto literaria. Especulo sobre la intención, pero no puedo dejar de confesar que me obligó a leerla dos veces para asegurarme de que dice lo contrario de las palabras que usa, pues “menos aburridor” quiere decir “más genial”, y no hay razón alguna para interpretar que todos los temas son aburridos, pero éste es de los menos. Lo que parece una tontería gramatical viene a ser la sospecha de una posición estética, la misma que lleva a Borges a escribir: “y nadie pudo no observar que estaban muy borrachos”, es decir, hablar o escribir de un modo porque puede hacerse y no porque exista obligación alguna. Ese nivel de uso “injustificado” del lenguaje no sólo podría ser artístico por alguna convención formal, también porque parece anteponer la voluntad del hablante o escritor a cualquier normativa. No es una definición esencial, más bien funcional, cercana al sentimiento de Zuleta cuando se refiere a dos ámbitos fundamentales de la novelística de Thomas Mann: el amor y el arte. La crítica terapéutica se lanza sobre

estos temas haciendo a un lado la pregunta *qué son*, para tratar de explicar *qué pueden hacer* por nosotros. Y la respuesta clave es: enseñarnos a resistir las exigencias excesivas del super-yo.

El análisis que hace Zuleta del amor y el arte en *La montaña mágica* despliega todos los argumentos posibles para demostrar la dimensión transgresora de estos. Y es en el psicoanálisis freudiano donde encuentra sus mejores presupuestos. Como mencioné antes, Zuleta conocía a fondo la teoría freudiana (como la de Marx, Platón, Kant, Nietzsche, Heidegger, etc.) y tuvo la amabilidad de exponerla a su público en forma bastante coloquial. En resumen, son dos los asuntos de la teoría psicoanalítica los que más aprovecha para abordar aspectos de *La montaña mágica*: el proceso primario, con sus operaciones esenciales, condensación y desplazamiento; y la resistencia ante la ley del padre, que la mayoría de veces se expresa en referencia al deber y las normas. Antes de echar una mirada a los temas del amor y el arte en la reflexión crítica de Zuleta, recordaré brevemente estos presupuestos teóricos, con palabras del propio Zuleta.

El proceso primario es el trabajo del inconsciente. Zuleta advierte que la propuesta freudiana del inconsciente ha sido, y todavía es, difícil de asimilar. Se trata de un escenario donde habitan “procesos intelectuales y afectivos, eficaces y significativos” (Zuleta “Marxismo y psicoanálisis” 114), los cuales desconocemos, bien porque hemos olvidado, los hemos reprimido, o hacen parte de una experiencia primitiva anterior a la adquisición del lenguaje y con este la incorporación de la ley. Para comprender el psicoanálisis, dice: “hay que digerir ese hueso” (114). Ahora, una vez que se haya digerido, podemos sospechar lo que el inconsciente hace cuando invade, en el sueño o la vigilia, la conciencia. No interesan en este punto las responsabilidades del inconsciente y su contenido latente en las neurosis o psicosis, cosa esencial para psicoanalistas, lo que importa es cómo dicho contenido se organiza a partir de una “gramática” que le permite expresarse. Freud, y a partir de él, Zuleta, se refieren a dos procesos centrales: la condensación y el desplazamiento.

En apretada síntesis, la condensación es la reunión de contenidos diversos “que poseen cierta significación común” en una sola imagen; “el desplazamiento

consiste en representar una cosa por otra u otras que están vinculadas a ella” (114). A Zuleta le interesan estos dos procedimientos en la medida en que son equiparables a la metáfora y la metonimia, que tanta carrera han hecho en el discurso literario. A la condensación le va a dedicar más espacio, no con el interés de afirmar que la novela de Thomas Mann es poesía, sino para destacar que su factura estética se asienta en dicho proceder. Tampoco quiere decir que la novela es solo resultado de procesos inconscientes de Mann. Zuleta sigue la ruta que lleva a considerar que el novelista elaboró sus personajes a partir de esa lógica psicoanalítica que ha sido tematizada en otras grandes obras literarias, y que hizo del propio Freud un lector, también obsesivo, de literatura. Por eso, en cierto momento, confiesa que es muy difícil seguirle la pista a todos los significados del texto, porque este “se condensa continuamente” (Zuleta *Thomas Mann* 291). Algunas condensaciones generales las puede analizar con agudeza, entre otras razones, para negarse a las interpretaciones vulgares del marxismo de la época, que convirtieron la noción de *reflejo* en una fórmula para estigmatizar a aquellos escritores “incoherentes” con la “realidad”. Zuleta nunca dice que Thomas Mann *refleja* la sociedad o civilización de la Europa occidental de principios del siglo XX, sí afirma que la condensa en el Berghof, por cuanto deducimos que *condensar* es un proceder de una dimensión estética más auténtica que *reflejar*, o al menos sugiere un trabajo más dependiente del distanciamiento crítico que del compromiso ideológico.

El otro problema del psicoanálisis del que se ocupa es la relación del sujeto con la ley, expresada por el super-yo. El super-yo es la interiorización de la ley como constitutiva del ser. Zuleta lo presenta como “una especie de policía personal e interna llamada conciencia..., que a veces resulta tan terrible pero que otras veces casi desaparece” (257). En términos de constitución de la psiquis humana es una necesidad, porque asegura el ingreso en el tiempo; pero cuando se pone a juzgar y prohibir nuestros deseos inconscientes o conscientes, entonces deviene represor, un déspota a domicilio. La simbólica del super-yo ha sido crucial en la interpretación de la literatura, y en particular la moderna, debido a que proporciona una narrativa eficaz para responder a la idea de la estética

disfuncional. La pregunta: de qué sirve el arte, encuentra aquí una respuesta nada despreciable: para liberarse.

¿Liberarse de qué, o de quién? También la simbólica del super-yo, sin dejar de tener en cuenta su dimensión interior, se desplaza a significantes de la ley externos, las normativas legales o morales, las costumbres, los principios del deber y el honor, las ideologías, cualquier forma de autoridad por la que el sujeto sienta obligación de cohibir sus palabras o sus actos. Zuleta jamás dice que las normas son innecesarias, al contrario, estas hacen parte de nuestro universo cultural, así con frecuencia produzcan, cuando se pasan de intensas, un profundo malestar. La sublimación, en esta teoría, es la capacidad de desviar las energías reprimidas por la tiranía del super-yo a realizaciones creativas. En este punto, se construye la lógica que hace del arte una potencia liberadora, y también terapéutica:

Lo que en verdad ocurre con el arte es que un conjunto de promociones inconscientes tiene acceso a la vida consciente, al lenguaje y a los sentimientos conscientes. El arte somete a las leyes del proceso primario las formaciones ideológicas conscientes y las refuta o las pone en cuestión; por eso, el arte, desde que sea auténtico, es siempre revolucionario (232).

La transgresión. He aquí un valor sin el que sería imposible pensar una hermenéutica libidinal, el topo lírico haciendo el trabajo de leer desde las pulsiones latentes del yo, que una vez que descubre esas posibilidades, se expande y enriquece. La transgresión es ese otro problema *que se lee en La montaña mágica*, y desde donde lee Estanislao Zuleta, de manera obsesiva, en busca de las organizaciones significativas del amor y el arte.

El amor es un tema genial en la literatura, ya lo ha dicho Zuleta. Sin embargo, no siempre convoca una proyección inteligente de sus posibilidades significativas. Ya sabemos con qué festinada condescendencia se presta a estereotipos y sentimentalismos banales. Al abordarlo en una novela de la magnitud de *La montaña mágica*, Zuleta provoca la pregunta sobre cómo hablar del amor en la literatura de manera auténtica. Y entre tantas formas de responder, propone lo que se desprende de la novela misma. El amor resulta valioso cuando obra alguna transformación del sentido de la vida. En otras palabras, más acordes al programa

hermenéutico del psicoanálisis: cuando produce una “ampliación de las fronteras del yo”.

Es consustancial a la novela el sentido de la transformación. En cierto momento en que Zuleta reflexiona sobre el género adhiere a las teorías sociológicas para las que la novela requiere presentar un mundo a partir de las transformaciones que sufren los personajes, lo cual crea un suspenso, no tanto en relación con los acontecimientos como en torno a la significación. A Thomas Mann, como es de esperar, lo reconoce como un maestro de dicho suspenso, y lo va a ejemplificar, entre otras cosas, por el modo como narra la “organización del amor” en los personajes, con especial interés en Hans Castorp. *La montaña mágica* es también, pues, una novela de amor, por el hecho indiscutible de que la experiencia al respecto de este personaje va a marcar el desarrollo de varias líneas de suspenso. Si el personaje decide o no permanecer en el sanatorio, más allá de que le hayan encontrado una mancha húmeda en el pulmón y lo hayan declarado tuberculoso, si esa decisión es ya una transgresión a las expectativas del deber que lo esperaba en la llanura, si decide ignorar el asedio ideológico de sus pretendidos mentores Naphta y Settembrini, si se entrega a pensamientos sobre la naturaleza y la vida con un espíritu más lírico que científico, y luego a la música que lo rescata del embrutecimiento colectivo del Berghof, es porque se dio la oportunidad de amar a Clawdia Chauchat, así este amor haya sido irrealizable.

Toda esa energía transformadora se hizo posible, además, por el sentido transgresor del amor. Clawdia Chauchat inspira subversión sin barreras. Su forma de entrar al comedor lanzando la puerta vidriera con estrépito rompe toda norma de la decencia y recrea las ventajas de la vergüenza. La enfermedad libera de restricciones superyoicas y facilita el juego de la seducción. No hay obstáculo para mostrar un brazo hermoso bajo el encaje, dejarse pintar desnuda, o aceptar las insinuaciones fálicas del lápiz con que Hans Castorp vincula su deseo a otro más primitivo, el recuerdo de una atracción homosexual en su infancia de escolar. Y Hans

Cae fácilmente en ese remolino de seducción. Madame Chauchat, que en este caso es denominada ‘libertad genial’ pues nada la ata a ningún territorio, ni siquiera a su marido más allá del Cáucaso, es una atracción

a la que tiende sin que por ello vaya a fundar nada; es la pura atracción (318).

La atracción pura, el amor sin fundación (familia, hijos, sucesión o herencia), es el mismo camino que conduce al arte. La interpretación de Estanislao Zuleta del suspenso del significado en *La montaña mágica* es la reiteración de que tanto el amor como el arte se fundan en un deseo irracional. El cuadro amoroso de Hans Castorp se completa por las circunstancias en que su atracción por Clawdia es amenazada por pretendidas figuras paternas. Primero, el llamado del deber en la llanura prosaica, que él ignora, entre otras cosas por su desarraigo: no hay padres fuertes allá abajo que lo guíen por el camino correcto, el padre ha muerto, el abuelo conservador no le inspira nada, y el tío Tienappel apenas se dedica a gestionar las rentas; segundo, el pedagogo Settembrini, a quien el amor de Hans por la Chauchat le resulta irrazonable. La escasa racionalidad del amor es un ideal occidental muy resistente, dice Zuleta, pero no hay ahí una reconvención como tal, sino algo parecido a una virtud, el fundamento mismo de la transgresión: “El amor no es ninguna beatitud; si no es conflictivo, si no es dudoso, si no tiene algo de transgresor no es amor; y si lo tiene y lo sabe entonces el amor se convierte en pasión” (362).

El camino desde el amor hacia el arte está trazado en un sentido de des-sujeción. El amor entendido como atracción pura supone una forma de desarraigo, pues transgrede los imperativos que atan al sujeto a los rigores de la ley. En esta consideración no cabe la figura del matrimonio, que se acomoda mejor a un tipo de amor fundacional signado por la repetición. La repetición es la muerte, un trágico exilio del tiempo. En otro libro también fundamental, y siguiendo la lectura de otro maestro de la narrativa moderna, León Tolstoi, Estanislao Zuleta refiere que para el autor ruso el matrimonio es “el lugar de la tragedia y de la esperanza, de la horrible mentira cotidiana y de la paz idealizada, el nido y el infierno. Pero es precisamente un infierno por ser la aspiración a un nido.” (Zuleta *La propiedad* 30). El desarraigo por la des-sujeción de la ley (moral, institucional) que promete el amor transgresor, abre el camino a otras formas de distanciamiento. Hans Castorp lo vive con agudeza una vez que surge en él la pasión por Clawdia Chauchat. Ya no tiene interés alguno en volver a la llanura, el lugar donde el amor muere en la

repetición y el imperativo de la reproducción social: “No, Hans Castorp no hubiera podido sentir esta embriaguez de una satisfacción fantástica al lado de una pequeña oca blanca y sana a la que, allá abajo, en el país llano, con toda corrección, con todo reposo y con toda probabilidad de triunfo, hubiese podido dar su corazón” (Mann *La montaña mágica* 1042). Y sobre ese confirmado *locus terribilis* desata su incisiva crítica. Aquel es el lugar de la crueldad, la montaña es la posibilidad de un mundo nuevo, incluso si el amor es irrealizable. En esa confluencia de la pasión, del amor anclado en el puro deseo, y el distanciamiento crítico, surge el fundamento del arte moderno.

La consecuencia de esa organización del amor, y del arte, es el enriquecimiento del yo, por las aperturas a la crítica y el conocimiento, con la mediación de un lenguaje al que se ha resguardado de correcciones intransigentes o coacciones ideológicas, y que se ha resignificado desde la experiencia íntima del sujeto lírico. Zuleta no escatima en su propia pasión descriptiva cuando fusiona las operaciones del proceso primario, la condensación y el desplazamiento, con los resortes transformadores del lenguaje literario: la fusión de significados en la metáfora y la expansión en la metonimia. Lo que hace la atracción pura del amor lo hace el arte, y el ganador indiscutible es el yo:

Ese sentimiento nuevo de Hans Castorp se expande a todo el mundo por su fuerza de vinculación metafórica y metonímica. [...] Por ello, el mundo se le va mostrando con una cara nueva, y todo lo que ve lo va leyendo con una nueva clave, y esa clave es Clawdia. El amor no es solamente la adhesión a una persona, es una nueva clave para leer el mundo (Zuleta *Thomas Mann* 154).

No quiero exagerar diciendo que este es el único o el mejor modo de leer la organización del amor en la literatura. Pero al menos describe un carácter que siempre estamos dispuestos a confiarle a la estética literaria: la proliferación del sentido. Es como una *cura* frente a las pretensiones autoritarias de las normas o las ideologías. Paradoja declarada, pues los órdenes autoritarios, los dogmas ideológicos y hasta cierto imaginario popular, ven en la literatura una *enfermedad*, como lo atestigua la sobrina de Alonso Quijano cuando recomienda quemar los

libros de poesía del tío⁵ (un pasaje que a Zuleta le gustaba citar). La posibilidad de desestabilizar los significados únicos, impositivos y sobre todo indefendibles, abre el campo de comprensión y autoconocimiento, favorece el distanciamiento crítico y la desalienación. Estanislao Zuleta tuvo como una preocupación incesante la naturalización de las relaciones de poder perversas. Repetía sin cansancio que en el capitalismo, más triste que la desigualdad y la explotación, era que a la gente éstas se le hicieran normales y soportables. La pugna insípida entre marxismo y psicoanálisis jamás pudo demostrar que la denominada “toma de conciencia” fuera un proceso ignorante de las aventuras del yo. Zuleta sí estaba convencido de que toda revolución comienza en la psiquis, que todo cambio humano hacia una vida mejor, colectiva e individual, debía poseer el precedente del deseo, y que la literatura trabaja clandestinamente para eso.

Bibliografía

Borges, Jorge Luis. *Ficciones*. España: Espasa Calpe, 1999.

Cervantes y Saavedra, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don quijote de la Mancha*. Bogotá: Real Academia Española. Asociación de Academias de la Lengua Española, 2005.

Fundación Estanislao Zuleta. *Estanislao Zuleta. Lógica y Crítica*. Cali: Universidad del Valle, 1996.

Mann, Thomas. *La montaña mágica*. Barcelona: Plaza y Janés, 1967.

---. *Relato de mi vida*. Barcelona: Salvat Editores, 1971.

Piglia, Ricardo. *El último lector*. Barcelona: Debolsillo, 2014.

Valencia, Alberto. *En el principio era la ética. Ensayo de interpretación del pensamiento de Estanislao Zuleta*. Cali: Editorial Universidad del Valle. 1996.

⁵ “¡Ay, señor!, dijo la sobrina. Bien los puede vuestra merced mandar quemar como a los demás, porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza” (Cervantes y Saavedra *El ingenioso hidalgo Don quijote de la Mancha* 66).

Vallejo Morillo, Jorge. *La Rebelión de un Burgués: Estanislao Zuleta, su vida*. Bogotá: Editorial Norma, 2006.

Zuleta, Estanislao. *Thomas Mann, la montaña mágica y la llanura prosaica*. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2009.

---. "Marxismo y psicoanálisis". *Estrategia*, no. 3 enero, 1964: 91-130.

---. *La propiedad, el matrimonio y la muerte en Tolstoi*. Cali: Ediciones Prensa Colombiana, 1992.

---. *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2011.